

la teoría metafísica del Yo.—XII. La crítica kantiana a la Cosmología Racional.—XIII. Las pruebas de la existencia de Dios.—XIV. El problema de la sistematización del conocimiento.

En torno a tales aspectos está dirigida la crítica y el comentario. La obra se desarrolla con un sentido del moderno punto de vista que debe figurar como criterio epistemológico y su estilo de redacción es amable y salpicado con algunos rasgos de humor. Dice ser insostenible la doctrina de Kant respecto al tiempo y al espacio, y si no hubiera otras razones, tan sólo por no estar apoyada en una base científica. Acepta, en cambio, que hay gran parte de verdad en lo que Kant dice acerca del carácter general del elemento intuitivo en el conocimiento. Considera que el análisis kantiano es verdadero en todo cuanto tiene que decir. Al hablar del capítulo I acerca de la teoría de la intuición sensible, dice que aparentemente son inobjetables sus ideas. Pero al considerar los términos en los que Kant pretende simplificar su posición, “descubrimos que son inobjetables y desencaminados”. En lugar, dice Cassirer, de que Kant se redujera a un análisis del estado existente en el que percibe en cuanto queda satisfecho con tener impresiones sensibles que ocurren simplemente en sí, se lanza a toda clase de cuestionables asertos que gravitan sobre la relación subsistente entre el sujeto que percibe y el objeto de la percepción sensible.

MIGUEL BUENO

*Freud a distancia*, por Oswaldo Robles, Editorial Jus, México, 1955.

De “obra breve, sutil y jugosa” califica acertadamente el psiquiatra peruano Honorio Delgado ésta con que el Dr. Robles ha venido últimamente a enriquecer su nutrida e importante bibliografía. Nadie como él estaba preparado para hacer entre nosotros un balance

crítico de la obra de Freud. Con ser asimismo eminente en otras ramas de la filosofía, la psicología ha sido, sin embargo, el tema central de las preocupaciones del autor. Sus primeros trabajos versaron sobre psicología racional y antropología filosófica; y ahora, en el acmé de una vida consagrada ejemplarmente al cultivo de estas disciplinas, el Dr. Robles nos ofrece una síntesis feliz de sus estudios médicos y filosóficos, campos por donde se mueve por igual con acabada maestría.

Para el Dr. Robles, sin embargo, a fuer de filósofo tomista, la filosofía no es sólo *theoría*, sino también una forma de hacer el bien, y de aquí que este libro no sea un libro esotérico, como sin dificultad habría podido hacerlo aquél, sino un claro breviario de la temática freudiana, muy útil desde luego para el erudito por la penetración de los juicios y la riquísima bibliografía que allí se nos brinda, pero cuyo objeto primordial, si no nos engañamos, es más bien la orientación de la juventud en asuntos que, por razones obvias, han dado ocasión a tantos y tan lamentables extravíos. A este propósito responden adecuadamente las diez lecciones que integran el volumen, y en las que, después de hacerse una exposición de lo más saliente en la teoría freudiana (la Libido y el complejo de Edipo por ejemplo) se procede luego a formular un cuadro de las escuelas o direcciones disidentes, se estudian en seguida, en los capítulos más técnicos, las diversas teorías y prácticas del psicoanálisis, y se concluye con un enjuiciamiento crítico de la *Weltanschauung*, unas veces latente, otras francamente explícita, que puede observarse en las obras de Sigmund Freud.

Para el lector común, según creemos, o por lo menos para quienes hemos llegado a la filosofía procedentes de las ciencias de la cultura, son del mayor interés esos dos capítulos finales dedicados, como queda dicho, a la cosmovisión freudiana. Con decisiva claridad hace ver el autor cómo el freudismo no

es simplemente una psicoterapia, sino una concepción del mundo y de la vida en general que no deja fuera de su ámbito ninguno de los fenómenos de la cultura: arte, moralidad, religión, etc. Como psicoterapia, el autor es el primero en reconocer la fecunda contribución de Freud en este terreno, y por algo el psicoanálisis ha progresado y continúa progresando en direcciones que quizá se aparten de las señaladas por el médico vienés, pero que indiscutiblemente deben a él su impulso y orientación iniciales. Como visión del mundo y de la vida humana, en cambio, el freudismo ha desplegado su profundo efecto perturbador en la mentalidad contemporánea, ya que, pretendiendo apoyarse en observaciones estrictamente científicas, postula una idea del hombre de acuerdo con la cual el animal racional queda en definitiva reducido a la primera nota, no siendo la segunda sino la superestructura accidental de impulsos biológicos constitutivos de lo específicamente humano.

De esta antropología unilateral y deformada desde su origen mismo, señala el autor la raíz última al decir que Freud careció siempre de auténtica cultura filosófica, pues "su erudición a este respecto no fue más allá de Nietzsche y Schopenhauer" (pág. 219) aserto duro, pero veraz, apoyado en altas autoridades. Y haciendo luego, con gran perspicacia, un inventario y diagnóstico de la concepción antropológica fundamental del freudismo (pág. 227 sigs.) el autor intuye su última raigambre en las ideas de Darwin, Frazer y Haeckel, con su ley fundamental de que la ontogenia reproduce la filogenia, más el mito sociológico de lo primitivo que toma de Levy-Brühl. "Armado con todos estos productos que indudablemente representan las doctrinas fundamentales del materialismo cientificista del siglo XIX, por fortuna hoy periclitado, y aplicando implacablemente su hermenéutica metódica, se lanza (Freud) a reconstruir las escenas primarias del drama de la cul-

tura humana, y de paso a penetrar en los arcanos del origen y del desarrollo de la humanidad" (pág. 228). De estos antecedentes, continúa diciendo el autor glosando una brillante página de Miguel Sciacca, surge un hombre que es en realidad dos hombres en uno: el hombre fenoménico constituido por las sublimaciones y dispositivos constrictores de la cultura, y el hombre profundo, primigenio (que para Freud, no hay ni que decirlo, es el hombre auténtico) el hombre de lo inconsciente y del complejo de Edipo, y que, rompiendo las formas artificiosas de la sociedad y la educación, "aspira —dice Sciacca— a volver a ser lo que era, puro instinto de ferocidad, fresco y libre desahogo de la libidine". No de otro modo se explica que Freud equipare la relación más noble del espíritu, como es la religión, a una neurosis obsesiva, y que vea en el complejo de Edipo, como dice textualmente en *Totem y Tabú*, "el origen de la religión, de la moral, de la sociedad y del arte".

Aparte de las incontables autoridades científicas y filosóficas que aduce con discreta distribución en apoyo de sus asertos, el Dr. Robles ha podido dar cuenta con facilidad de las falacias que hay en la antropología freudiana, porque él a su vez, cristiano y tomista, está en posesión vital de una antropología con arreglo a la cual el hombre continúa siendo, aun perdida la justicia original, imagen de Dios, no imagen consustancial como su Hijo, pero tampoco simple vestigio como el resto de la creación, sino traslado en el cual, con todos sus defectos, aún está, como dice la Escritura, "sellado el resplandor de su rostro".

ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO

*La filosofía en el Perú. Panorama Histórico. Philosophy in Peru. A historical study*, por Augusto